



XVIII

Al día siguiente (era el segundo domingo de setiembre) Gilberto salió á las diez de la mañana y dirigió sus pasos hacia un lugar solitario y agreste. Era un pequeño claro á orillas de un pantano desecado por los ardores del estío, y junto al cual había herborizado con frecuencia para Esteban.

Se sentó en el césped, á algunos pasos de un sauce, y apoyados los codos en sus rodillas y la cabeza entre las manos, se abismó en prolongada y dolorosa meditación.

Digámoslo todo: á intervalos sentía en lo más hondo de su ánimo cierto júbilo secreto que no osaba confesar; como un estremecimiento pasajero difícil de distinguir en medio de su profunda agitación. Fuera de que en aquel instante lo último que se le ocurría era analizar sus propios senti-

mientos. En otra cosa estaba pensando; unas veces se empeñaba en representarse todas las fases sucesivas de aquella existencia cuyo secreto poseía; otras, admiraba enterneciéndose la energía y la flexibilidad de aquel corazón que en vano había intentado quebrantar el infortunio. ¡Cómo abandonarle ahora! ¡cómo romper aquellos lazos tan fuertes y suaves á un tiempo! ¿no era, por ventura, esto condenarle á la desesperación, abandonarle á la violencia de sus propias pasiones que exaltaba la desgracia? ¿no estaba obligado á arrancar (ó á intentarlo por lo menos) de aquel pecho ebrio el dardo fatal, el funesto amor, que era á sus ojos un peligro, una extravagancia, una calamidad?... Así, de reflexión en reflexión, de inquietud en inquietud, volvía siempre á deplorar su ceguera. ¿Cómo no le habían revelado su error las rarezas de Esteban, ciertos rasgos de su carácter, la apasionada franqueza de su lenguaje, su rostro, sus cabellos, sus miradas, sus graciosas sonrisas? Torpeza y crimen llamaba él á esta falta de penetración, debida á su carácter poco romanesco.

Absorto estaba en sus reflexiones cuando le despertó el grito de un cuervo. Abrió los ojos, y después de haber perdido de vista al ave graznadora que atravesó el claro volando, contempló un momento á una tierna mariposa matizada que revoloteaba al rededor del sauce; luego, percibiendo entre la yerba, al alcance de su mano, una hermosa parnasia pantanosa, la arrancó cuidadosamente del suelo con su raíz, y se puso á observarla con atención. Admiraba el matiz purpurino de su pistilo y el oro de sus estambres que casaban agradablemente con la brillante blancura de la corola y pensó:

—He aquí una flor encantadora que no he enseñado todavía á mi Esteban: he de llevársela...

Pero, al momento, volviendo en sí y arrojando á lo lejos con despecho la inocente florecita, exclamó:

—¡Oh destino, cuán extraños son tus juegos!

—¡Sí, muy extraños!—le contestó una voz que no le



era desconocida, y antes de que tuviese tiempo para volverse, el doctor Vladimiro se había sentado á su lado.

Vladimiro Paulitch había empleado perfectamente la mañana. Al levantarse, recibió en audiencia privada al corpulento Fritz, que no atreviéndose á espontanearse directamente con su amo, cuyo ceño le asustaba, fué á suplicar al doctor que escuchase sus revelaciones y que tuviera á bien transmitir las á su Excelencia. Después de haber soltado su importante secreto, con acento acalorado y misterioso:

—No hay en esto nada de particular—le contestó friamente Vladimiro.—Ese joven es sonámbulo, y la conclusión de vuestra historieta se reduce á la necesidad de poner una reja á su ventana. Ya hablaré de eso al conde Kostia.

Después de lo cual Fritz se retiró con la cabeza baja y muy mohino por el giro que tomaba la aventura. Una vez solo, Vladimiro Paulitch tuvo el capricho de ir á pasearse por el montículo alfombrado de césped, y mientras se encaminaba allí, se decía:

« ¿Serian acaso fundadas mis sospechas? »

Había pasado una hora divagando, examinando los sitios, el aspecto del castillo por aquel lado y muy particularmente los diversos accidentes de los tejados. Mientras contemplaba la torre cuadrada que habitaba Esteban, la vió aparecer en la ventana y permanecer en ella algunos instantes con los ojos fijos en el torreón de Gilberto.

« ¡Oh! lo que es ahora, ya sé á qué atenerme! se dijo; pero, para arriesgar así su cabeza, es menester que nuestro ideólogo esté perdidamente enamorado. Llevará perfectamente á cabo su papel. Procuremos verle y hablarle. »

Al volver al castillo, Vladimiro divisó á Gilberto que se internaba en el bosque, y sin ser visto, siguióle de lejos.

—¡ Sí, muy extraños son los juegos del destino! repitió, y es preciso resistirle cara á cara y desafiarle resueltamente, ó someterse con humildad á sus caprichos y hacerse el muerto. Es lo único razonable; los términos medios no

pasan de ser el sello de los necios. En cuanto á mí, siempre he sido partidario del *Sequere Deum* que interpreto de este modo: Abandónate á los impulsos de la fortuna, y sigue adelante con los ojos vendados.»

Y como Gilberto no contestara:

—¿Me atreveré á preguntaros, prosiguió, por qué causa deciais poco há, que los caprichos de la fortuna son extraños?

—Pensaba— contestó tranquilamente Gilberto— en el emperador Constantino el Grande, quien, como sabéis...

—¡ Ah! ¡ esa no cuela! —dijo Vladimiro.— ¡ Qué! ¿ en una hermosa mañana, en medio de los bosques, frente á un pantano desecado que no carece de poesía, sentado sobre la hierba y con una linda flor blanca en la mano, era el emperador Constantino objeto de vuestras meditaciones? En cuanto á mí, no tengo la cabeza tan sentada, y os confesaré que hace poco, paseándome por esas espesuras, no me ocupaba más que de los extraños caprichos de mi propio destino, y lo que es singular, sentía la necesidad de contárselos á álguien.

—Me dejáis admirado —replicó Gilberto— no os creía tan expansivo.

—¿ Y quién de nosotros— prosiguió Vladimiro— no desmiente á veces su carácter? En Rusia, los deberes de mi estado me obligan á permanecer oscuro, tenebroso, lleno de misterios de pies á cabeza, como gran pontifice de la ciencia que habla siempre sentenciosamente y á manera de oráculo; pero aquí, puedo hacer lo que guste, y por una reacción de la naturaleza, encontrándome solo en un bosque con un hombre de sentido y de corazón, se me suelta la lengua como á una urraca. ¿ Si os contara mi historia, me prometéis ser discreto?

—Indudablemente. Pero, si necesitáis á toda costa un confidente, ¿ en qué consiste que ligado como estáis con el conde Kostia...

—¡ Ah! cuando sepáis mi historia, comprenderés preci-

samente por qué razón en mis entrevistas con Kostia Petrovitch, le hablo con frecuencia de él y casi nunca de mí.

Al pronunciar estas palabras, Vladimiro Paulitch remanó sus brazos, y enseñándole las muñecas á Gilberto:

—¡ Mirad! —le dijo.— ¿ No veis ahí alguna marca, alguna cicatriz?

—Por más que miro...

—Es extraño. Sin embargo, hace cuarenta años que llevo las esposas, porque tal como me veis, yo, Vladimiro Paulitch, uno de los primeros médicos de Rusia, el sabio fisiólogo, soy la escoria de la tierra, soy el igual de Iván; en una palabra, soy siervo!

—¡ Vos siervo! —exclamó Gilberto estupefacto.

—No os admire; esas aventuras son muy comunes en Rusia—dijo Vladimiro Paulitch sonriendo.

Y continuó:

—Sí, caballero, soy uno de los siervos del conde Kostia, y juzgad si le estaré reconocido de que, en su bondad, se dignase modelar la gloriosa estatua del doctor Vladimiro Paulitch con la humilde arcilla que la naturaleza empleó en la formación de uno de sus vasallos. Sin embargo, de todas las mercedes que me ha prodigado, la que más le agradezco, la que más me obliga, es que gracias á su discreción, hasta poco há, sólo dos hombres en el mundo, él y yo, me conocían por lo que soy. Desde hace dos minutos, ya somos tres.

—Mis padres, prosiguió, eran aldeanos de la Ucrania, y mi primera ocupación fué guardar carneros; pero yo había nacido para médico. Un enfermo, hombre ó carnero, era á mis ojos el espectáculo más interesante. Me procuré algunos libros, adquiri ligeras nociones de anatomía y de química, y de vez en cuando hacía disecciones ó buscaba simples, cuyas virtudes experimentaba con infatigable ardor. Pobre, desprovisto de recursos, criado desde la infancia en necias supersticiones de que me costaba sumo trabajo emanciparme y viviendo entre hombres groseros,

ignorantes, envilecidos por la esclavitud, nada me desanimó. Sentíame nacido para descifrar el gran libro de la naturaleza y arrancarle sus secretos. Tuve la buena suerte de descubrir específicos contra la moniña y otras enfermedades del ganado. Esto me hizo célebre en tres leguas á la redonda. Después de los cuadrúpedos, me ensayé en los bípedos. Fui muy afortunado en algunas curaciones. De todas partes venían á consultarme. Orgulloso como Artabán, el pastorcillo, sentado á la sombra de un árbol, pronunciaba sus infalibles oráculos y se le daba crédito con tanta más facilidad cuanto que la naturaleza había dotado á sus ojos de esas miradas oscuras y veladas cuyo misterio impone á los necios. El terruño que me vió nacer pertenecía á una anciana parienta del conde Kostia. Al morir, le dejó sus bienes. Vino el conde á visitar sus nuevas posesiones, oyó hablar de mí, me hizo comparecer á su presencia, me interrogó, y llamaron su atención mis dotes naturales y mi precocidad. Abrigaba el proyecto de fundar un hospital en una de las aldeas que es su residencia de verano, y pensó que algún día podría sacar de mí alguna utilidad. Partí con él á Moscou, donde ocultando á todo el mundo mi condición, me hizo instruir con gran esmero. Maestros, libros, dinero, nada me faltaba. Era tan grande mi felicidad que apenas podía dar crédito á lo que me pasaba, y algunas veces me mordía los dedos para cerciorarme de que no soñaba. Cuando tuve veinte años, Kostia Petrovitch me hizo ingresar en la Escuela de medicina; algunos años después, dirigía yo su hospital y una casa de curación que fundó por indicación mía. Mis talentos y mi acierto no tardaron en darme á conocer. Se habló de mí en Moscou, y fui llamado para una consulta. ¡Estaba en camino de hacer fortuna; lo que más me conmovió fué que me veía solicitado, festejado y adulado! El pastorcillo, el siervo, se había convertido en rey y más que en rey, porque un médico que tiene buena mano es adorado por sus clientes como un Dios, y no creo que una mujer hermosa premie á sus

amantes con la mitad de las sonrisas que prodiga al mago de quien dependen su vida y su juventud. En aquel tiempo era yo devoto todavía y podéis juzgar qué espacio ocuparía el conde Kostia en mis oraciones, y con qué fervor le recomendaría á la intercesión de los santos y de la bienaventurada Virgen María!... Sin embargo, lo malo que tiene la prosperidad es que arrastra al hombre á desconocerse á sí mismo. Embriagado con mi gloria y mis triunfos, olvidéme harto pronto de mi juventud y de mis carneros, y este olvido estuvo á punto de causar mi perdición. Fui llamado á prestar mis cuidados á un oficial de caballería retirado del servicio. Tenía una hija, bella y encantadora joven llamada Paulina. Me creía insensible al amor, y sin embargo apenas la ví, cuando sentí por ella la más violenta pasión. Figuraos que yo había vivido hasta entonces en una continencia de anacoreta; la ciencia había sido mi adorada y soberbia amante. Cuando las pasiones se encienden en un alma casta, llegan á convertirse en furoros. Amaba á Paulina con rabia, con idolatría. Un día me dejó comprender que no le desagradaba mi locura y me declaró á su padre, obteniendo su consentimiento; creí morir de felicidad. Al día siguiente fui á encontrar al conde Kostia, le conté mi aventura y le supliqué que me manumitiera. Se echó á reir y me manifestó que semejante extravagancia era indigna de mí. El matrimonio no me convenía. ¡Una mujer, hijos, equipaje inútil para mi existencia! Los pequeños goces y los disgustillos de la vida doméstica extinguirían el fuego de mi genio, matarían en mí el espíritu de investigación y la osadía de mis pensamientos. Por otra parte ¿era mi pasión bastante formal? Atendido mi carácter, era incapaz de amar. Todo, en suma, se reducía á una mala trepa que me jugaba mi imaginación. Me dijo que permaneciese ocho días sin ver á Paulina y que mi curación estaba asegurada! Por toda contestación, me precipité á sus piés, le besé las manos, el polvo que pisaba, derramé abundantes lágrimas, qué sé yo... Durante esta escena

permaneció riendo, y acabó por preguntarme en broma si para poseer á Paulina, era necesario casarme con ella.

»Mi amor era un culto. Al oír tan insolentes palabras, monté en cólera, y me desaté en imprecaciones y amenazas. No obstante, recobrando á poco mi calma, le supliqué que disimulara mis arrebatos, y volviendo á usar el lenguaje de la servil humildad, me esforcé en ablandar con mi llanto aquel corazón de bronce. ¡Trabajo perdido! permaneció inflexible. Arrastréme por el suelo, arrancándome el cabello. ¡Y él riendo siempre!... Ya comprenderéis que debió ser una escena curiosa. Á la sazón era yo muy presumido en el vestir. Llevaba una pechera bordada, magníficas vueltas de encaje, mis dedos estaban llenos de sortijas y mi traje era á la última moda y de un corte muy elegante, añadiendo á esto que habitualmente, mi postura, mi andar y mi aire, respiraban altanería y arrogancia. Á los que han salido de la nada, por más que hagan, siempre se les conoce. Yo hablaba fuerte, con aire de autoridad; me envolvía en misteriosas oscuridades que disipaban á intervalos los destellos de mi genio, y como había llevado á cabo algunas curas extraordinarias, que parecían milagrosas ó producto de alguna hechicería, mis ademanes de hierofante no parecían en manera alguna fuera de lugar, y tenía devotos que daban pábulo á las libertades de mi orgullo con su exceso de humildad... Y ved ahí, de repente, á ese hombre de importancia, á ese personaje milagroso, arrastrándose por el suelo, implorando perdón de un amo inexorable, y retorciéndose como vil gusano, bajo el pié que le destrozaba el corazón... Finalmente, Kostia Petrovitch perdió la paciencia, me cogió con sus forzudas manos, me puso en pié, y lanzándome violentamente contra la pared: «Vladimiro Paulitch, gritó con atronadora voz; ahórrame el espectáculo de tus contorsiones de mujer-zuela y acuérdate de quien soy y de quien eres tú. Un día encontré, en medio de una carretera, un mal pedazo de carbón; le recogí á riesgo de tiznarme los dedos, y

»como soy algo químico, le puse en mi crisol y le convertí en diamante, y cuando empiezo á exhibir mi piedra preciosa, engarzada en una sortija, me pides que me des-haga de ella! ¡Ah! hijo mío, ¡por mi honor! no sé qué me detiene, cuando no te mando de nuevo á guardar carneros. Vamos, haz un esfuerzo, domina tu pasión, sé razonable, vuelve en ti. Espera á mi muerte; en mi testamento te declararé libre; pero hasta entonces, aunque te



»disguste, serás mi cosa, mi propiedad. ¡Guárdate de olvidarlo, ó te hago pedazos como este vaso!» Y cogiendo uno de encima de la mesa, lo tiró contra la pared, haciéndolo volar en mil pedazos...

— En aquel momento, caballero, el conde Kostia mostraba demasiada viveza de genio, pero en el fondo tenía razón. ¿Era justo que perdiera todo el fruto de sus afanes? Pensadlo bien, para él era gran motivo de orgullo poder decir: El ilustre doctor tan festejado, tan admirado, es

cosa mía, es mi propiedad... Su frase era justa; me exhibía como una sortija en sus dedos. Y luégo prevía el porvenir. Durante dos años seguidos le ha bastado la más imperceptible seña para hacerme acudir presuroso desde el fondo de Rusia, á cuidar sus pobres nervios atormentados. Vos ya sabéis, caballero, lo que es el corazón del hombre. Si hubiese cometido la imprudencia de manumitirme, el año pasado hubiera venido por el bien parecer; pero este...

Mientras Vladimiro hablaba, Gilberto se decía á sí mismo:

—Este hombre es un perfecto compatriota del conde Leminof.

Luégo, acordándose del amable y generoso moscovita, con quien había estado ligado en otro tiempo, sacó equitativamente en consecuencia que la Rusia es grande, y que la naturaleza complaciéndose en los contrastes, producía en aquel gran país, de vez en cuando, las almas más duras ó más tiernas que hay en el mundo.

—Os lo repito, prosiguió Vladimiro, el conde Kostia tenía razón; pero, por desgracia, la pasión no atiende á razones. Me separé de él con la muerte en el alma, pero firmemente decidido á hacerle frente y á llevar á cabo mi pensamiento. Ya veis que en aquella ocasión observaba mal la sublime máxima *Sequere fatum*. Lisonjeábame de que podría dominar la corriente. ¡Vana ilusión! ¿Pero si ésta no existiera, se enamoraría uno nunca?... Paulina habitaba en un pueblecillo, situado á dos leguas de nuestra aldea. En cuanto no tenía ocupación, montaba á caballo y volaba á su lado. Dos días después de la terrible escena, di un paseo en carruaje en compañía de la joven y de su padre. Cuando íbamos á salir del pueblo, vime acometido por un súbito estremecimiento... Acababa de divisar en medio de la acera al conde Kostia, que con su bastón con puño de oro, se encaminaba tranquilamente á nuestro encuentro. Me reconoció, sonrió graciosamente, é hizo seña

al cochero para que detuviera los caballos y á mí para que me apeara.

«—¡Vaya un indiscreto! ¡arrea, cochero, arrea! gritó jovialmente Paulina.»

Pero yo había abierto la portezuela...

«—Dispensadme, le dije, vuelvo al momento...»

—Y al decir esto, estaba yo tan pálido que ella palideció también, como asaltada por un siniestro presentimiento. Kostia Petrovitch no me detuvo mucho tiempo. Después de haberme saludado con ceremoniosa cortesanía, me dijo en tono zumbón:

«—Es lindísima, á fe mía, Vladimiro. Lo que me apena, es que si tu matrimonio no queda roto antes de anoecer, esa bella joven sabrá mañana por mi boca quién eres tú...»

Y dicho esto, saludándome nuevamente, se alejó tarareando una romanza.

—Me había parecido tan poca cosa el dinero al lado de la gloria y de la ciencia, y por otra parte mi amor por Paulina estaba tan puro de toda liga, que jamás se me había ocurrido la idea de informarme de su fortuna, ni del dote que debía aportar en matrimonio. La noche de aquel mismo día, cuando tomábamos el thé en familia en el salón de mi futuro suegro, afecté poner sobre el tapete esta importante cuestión, y fingí abrigar miras tan interesadas y una avaricia tan sórdida, que el anciano oficial acabó por indignarse. Paulina es arrogante; nos escuchó durante algún tiempo en silencio, pero al fin, levantándose, me anonadó con una mirada de desprecio, y tendiendo el brazo, indicóme la puerta con el dedo... Esa diabólica mirada no la he olvidado nunca; me ha perseguido durante mucho tiempo; en la actualidad todavía la veo en sueños...

» Al volver á casa, intenté matarme; pero fui torpe y no lo conseguí. Son cosas de que uno no sale airoso la primera vez. Lo que me impidió la reincidencia en mis propósitos fué acordarme del *Sequere fatum*. Entonces dije á

las olas que azotaban mi agobiado pecho: «¡Llebadme á donde queráis! sois mis dueñas y yo esclavo...» Y creedme, caballero, aquella dolorosa desgracia no dejó de aprovecharme. Me sugirió saludables reflexiones. Por vez primera ocurrióseme reflexionar; despojé mi espíritu de todas las preocupaciones que le quedaban, me despedí de todas las quimeras, ví el mundo y la vida tales como son en sí, y declaré que el cielo está vacío. Mis maneras no tardaron en resentirse de mi despreocupación. ¡No más arrogancia, no más fanfarronadas! No abdiqué, por eso, mi orgullo; pero me hice más tratable y más acomodaticio; renuncié á piafar, á hacer la rueda; el pavo real se convirtió en un hombre de agradable trato. Ya veis, caballero, de qué sirve la experiencia, ayudada por el *Sequere fatum*. Me ha hecho sabio, hombre honrado y ateo... Por lo tanto, algún tiempo después, decía yo una mañana al conde Kostia:

«De todos los beneficios que me habéis dispensado, el más precioso ha sido librarme de Paulina. Esa mujer me hubiera perdido. ¡Ah! ¡conde Kostia, cómo me río de mí, en mis propias barbas, al recordar las ridículas letanías con que un día os regalé los oídos! Me conociais bien. ¡Amor de cabeza, fuego de paja! Kostia Petrovitch, gracias á vos, mi talento ha adquirido luces, de que os quedaré eternamente agradecido... por lo cual mi reconocimiento será eterno...»

—Esta declaración le conmovió y aumentó su cariño. Todos los hombres que racionan, tienen también su lado débil. Hasta entonces, á despecho de las muestras de afecto que me prodigaba, me había hecho notar siempre la distancia que mediaba entre los dos. Á partir de este último día, fui su amigo íntimo, participé de sus secretos, y lo que estrechó más todavía nuestra amistad, fué que tuve ocasión de salvarle la vida arriesgando la mía.

—¿Y Paulina?—preguntó el curioso y simpático Gilberto.

—¡Ah! ¡Parece que Paulina os interesa!... Tranquili-

zaos. Seis meses después de nuestra ruptura, hizo un buen casamiento. Habita todavía en su pueblecito; es feliz y no ha perdido nada de su hermosura. La encuentro á veces en la calle acompañada de su esposo y de sus hijos, y tengo el placer de verla volver la cabeza... Yo también tengo hijos: mis discípulos. En Moscou les llaman *los pequeños Vladimiro*s y uno de ellos llegará á ser un gran Vladimiro. Le he revelado todos mis secretos, porque no quiero llevarlos conmigo al otro mundo, y mi fin podría estar muy próximo. Tengo todavía que poner en limpio un asunto muy importante; tan pronto como haya terminado mi tarea, venga la muerte cuando quiera! La vida del pastorcillo de Ucrania ha sido muy agitada, para que pueda durar mucho tiempo. Buena y corta, he aquí mi divisa.

Al llegar aquí, inclinándose bruscamente hacia Gilberto y mirándole de hito en hito:

—Vamos á cuentas—dijo—¿pensabais realmente en el emperador Constantino cuando habéis exclamado: Oh destino, qué extraños son vuestros juegos?

Poco faltó para que Gilberto se dejara desconcertar por tan recia acometida, pero fué listo y se repuso en seguida.

—¡Ah! ¡ah!—pensó—no me has contado tu historia por mera espontaneidad; llevabas segunda intención. ¿Quién sabe si será el mismo conde Leminof quien te haya encargado que me confieses?

Vladimiro desplegó toda su habilidad para hacer hablar á Gilberto; sus insidiosas preguntas no se agotaban; Gilberto permaneció impenetrable. De vez en cuando mirábanse fijamente uno á otro, procurando cada cual turbar á su contrario y sorprender su secreto; pero, aun cuando cruzaran el acero de sus miradas, se batían los dos con tal aplomo, que no perdieron ni una pulgada de terreno. Al fin Vladimiro se impacientó.

—Querido amigo—exclamó—tengo la debilidad de dar fe á los sueños, y la otra noche tuve uno que me trastornó en gran manera. Soñé que el conde Kostia tenía una hija